

## HÁBITO NÚMERO DIECISIETE

### EN INTIMIDAD CON NUESTRO PADRE CELESTIAL

“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios” I Juan 3:1

En este último capítulo, centraremos nuestra atención en la naturaleza íntima de la relación con nuestro Padre celestial. Al considerar esa confianza que hemos sido llamados a disfrutar, no sólo habremos de mantener una actitud de maravillado respeto ante la excelsa grandeza de Su gloria, sino que será necesario algo más. Si Dios únicamente nos inspira respeto por Su grandeza y Su poder, estaremos perdiéndonos una parte importantísima de nuestra relación con Él. Dios quiere que veamos en Él a un Padre y, como hijos Suyos que somos, espera podernos mostrar Su cariño y Su ternura. La plenitud en una relación se encuentra en el equilibrio. Y el equilibrio en nuestra percepción de la grandiosa realidad de Dios ha de basarse en la comprensión de Su naturaleza dinámica en conjunción con la amorosa accesibilidad que nos dispensa.

En un periplo de seis meses por tierras de Sudáfrica y la India, estuve al cargo de un plan piloto de capacitación para un ministerio cristiano más eficaz – teniendo que aumentar yo entonces el tiempo dedicado a la oración como primera medida ¡para potenciar mi propia capacidad! De hecho, puedo decir con toda honestidad que el primer beneficiado fui yo, experimentando en las distintas ocasiones, como recompensa adicional, una mayor cercanía a nuestro Señor.

### DOS ASPECTOS FUNDAMENTALES DE LA GRANDEZA DE DIOS

Durante los cuatro meses que permanecí en la India, tuve el privilegio de presentar ante mi auditorio dos gloriosas verdades ya comentadas en el HÁBITO 13 – Dios no sólo es grande y poderoso sino que, además, se ha acercado amoroso a sus criaturas. De hecho, si únicamente se hubiera revelado como grande y potente, sabríamos de su inconmensurable capacidad para ayudarnos, pero nunca llegaríamos a experimentarla. Y si se hubiera acercado a nosotros en amoroso cuidado, pero no tuviera fuerza y potencia, se condolería de nuestros problemas pero no podría hacer nada para resolverlos. Es, pues, la suma combinada de sus potencias y cualidades lo que hace que Dios sea nuestra ayuda y nuestro pronto consuelo en la adversidad. Eso es lo que verdaderamente hace que no haya Dios como el nuestro. Esta realidad cristiana es por completo distinta a lo que ocurre en el politeísmo hindú, donde los distintos dioses se manifiestan opuestos y violentos para con el pobre ser humano, distantes en su omnipotencia y exigentes en la propiciación que ha de aplacar su ira. El hecho fundamental y exclusivo de la grandeza y benignidad del Dios cristiano es la garantía de que podemos contar con su ayuda en la adversidad.

No hubo ocasión en la que presentara esa bendita certeza de la fe cristiana que mi auditorio no reaccionara con gozo. Dejé bien claro que Dios no sólo era grande y

poderoso (“capaz” de ayudar) sino asimismo cercano y amoroso (“dispuesto” a ayudar). El contraste entre el Dios de la Biblia y los múltiples dioses de la creencia hindú es enorme, y mi auditorio lo notaba de inmediato. Al analizar esas profundas verdades teológicas sobre el poder de Dios y su disposición a ayudarnos, nunca utilicé los términos “trascendente” o “inmanente”. Y ello precisamente por ser mi intención compartir esos conceptos fundamentales y básicos acerca de Dios de una forma que fuera fácilmente comprensible para mi auditorio -- y también fácilmente traducible para mi intérprete.

Esta presentación deja sentadas las bases para el análisis pertinente de cuál pueda ser, en realidad, nuestra relación personal e íntima con Dios como nuestro Padre. No podremos en verdad comprender en toda su dimensión la grandeza de Dios si tan sólo nos fijamos en su capacidad creadora, su majestad, su sabiduría y su omnisciencia. Existe también una faceta Divina que pone de manifiesto Su amor, Su cuidado, Su bondad intrínseca, Su accesibilidad, y Su aceptación absoluta del ser humano. Puede así que tengamos que cambiar nuestro pensamiento respecto a Dios, pero eso es precisamente lo que nos hace falta para poder comprender a Dios en toda Su inmensidad. Al ser Dios mismo el que permite que contemplemos la auténtica realidad desde Su perspectiva, nosotros hemos de estar dispuestos por nuestra parte a cambiar nuestra percepción y nuestro anterior punto de vista. Y será entonces – ayudados por la percepción Divina – cuando podamos apreciar en todo su valor y significado las ideas que iremos analizando en los siguientes apartados.

## UNA OPORTUNIDAD ÚNICA PARA UN CAMBIO DE PARADIGMA

A mi regreso de la India, decidí pasar tres días a solas con Dios mientras todavía estaban recientes las experiencias vividas. Mi ferviente deseo era que Dios me ayudara a analizar todo eso en oración, para aprender a mi vez de la enseñanza del aprendizaje. Lo cierto es que, tras esas nuevas, y muy profundas, dimensiones que se me habían hecho evidentes a través de las distintas conferencias y seminarios, yo ya no estaba en disposición de volver a la antigua rutina y modo de actuar. Ahora deseaba ardientemente que Dios me mostrara cuáles han de ser las auténticas prioridades y qué sistema de valores ha de regir en nuestras vidas. Pero no sólo eso. En realidad, ¿qué cosas son realmente importantes para Dios, y qué otras cosas tienen relativa importancia? ¿Qué merece la pena tratar de conseguir y qué es por completo prescindible? Yo estaba firmemente decidido a modificar mi sistema de valores para adoptar aquel que Dios tuviera a bien mostrarme. Deseaba honradamente cambiar mi propio paradigma, y pasar a obrar en conformidad con uno nuevo según Su diseño. Tras regresar de la India, disponía aún de un tiempo libre antes de reanudar mi actividad docente. Decidí entonces aprovechar ese interludio para pedirle a Dios una nueva visión.

En la Biblia se nos anima a dar el primer paso, “Acercaos a Dios, y Él se acercará a vosotros” (Santiago 4:8). De esa actitud de acercamiento, se puede deducir que Dios quiere relacionarse muy estrechamente con nosotros. Quiere, pues, que esa relación sea de cálida proximidad, no de frío distanciamiento; que le sintamos acogedor y amoroso, no frío y justiciero. El resentimiento y la confrontación no tienen razón de ser en esa relación. Y si bien el respeto y el temor reverente son parte consustancial de nuestra<

actitud ante Su inconmensurable grandeza, no tienen por qué ser lo único que caracterice nuestro trato con Él. Aun a sabiendas de que habrá momentos en los que nos será muy difícil sentirnos merecedores de tan condescendiente generosidad, hemos de vernos por completo reafirmados <en Su Divina voluntad. Perderíamos una parte muy importante de nuestro trato con Dios si dejáramos a un lado la faceta personal e íntima. En mi caso, mis propias oraciones de acercamiento a Dios propiciaban un esfuerzo paralelo para conseguirlo. Así, en el tiempo inicial de oración por las mañanas, me imaginaba a mí mismo de pie ante una enorme plataforma en la que estaba sentado Dios en su grandioso trono de gloria. Mi oración quedaba entonces formulada en los siguientes términos, “Padre amado, vengo ante tu presencia rodeado del esplendoroso fulgor que emana de Tu santa persona. Aquí, en medio de la luz resplandeciente, del color, de la fragancia, del brillo, del relumbre, de la fragancia y la majestad que de Ti dimanar, me atrevo humildemente a unirme a la multitud de los que exaltan tu Gloria y Majestad, tu Poder y Potencia, gozoso de sumar mi voz al potente retumbar de los que a Ti claman y alaban. Postrado ante Tu Persona, con mi rostro en tierra, proclamo, pues, Tu eterna superioridad y excelsa grandeza.” El imaginarme a mí mismo en ese salón del trono, y en la venturosa presencia de Dios, contribuía a hacer de mi oración algo consciente, y muy real y genuino; algo plétórico de significado, y mucho más sincero que las meras palabras repetidas por hábito en el transcurso de los años.

Tras pasar un tiempo de adoración y alabanza de esa forma, suelo dar un paso más, que habitualmente señalo con estas palabras, “Señor, permíteme ahora que, con temor y reverencia, levante mi cabeza del suelo para poder contemplar la hermosura de Tu rostro. Veo cómo sonríes, y asientes con la cabeza. Tomo entonces esa señal como una invitación a subir los peldaños que me separan de Tu trono. Con una sonrisa, me invitas a acercarme aún más. Me acomodo en tu regazo, y apoyo la cabeza en tu hombro; me abrazo entonces a Ti y empiezo a contarte al oído lo que llena mi alma,” Padre amado, Tú lo eres todo para mí. Tú eres lo que yo más amo en mi vida. No hay amor comparable al tuyo.” Tras esos momentos de intimidad filial con Dios, me separo de Él, apartándome de la plataforma que sostiene Su trono, y continúo con mi rutina habitual de oración intercesora.

#### ALGUNAS DE LAS VENTAJAS DE ESE TIEMPO DEDICADO A ESTAR JUNTO A DIOS

En el transcurso de esos seis meses de viaje por Sudáfrica y la India, me había ido sintiendo cada vez más cerca de Dios. Además, se me fue haciendo progresivamente más fácil dedicar mayor tiempo diario a orar y estar junto al Señor. El ritmo se hizo más relajado, alternando oración y alabanza, deteniéndome a voluntad en cada tema. Por otra parte, era plenamente consciente de estar en medio de un proceso de cambio espiritual que habría de tener su culminación en los Estados Unidos. En la mañana del 2 de enero, del 2003 – más de una semana después de mi encuentro a solas con Dios – empecé a orar según el patrón descrito anteriormente pero con una variante notable. En el punto en el que habitualmente dejaba el regazo de Dios y me alejaba de la plataforma del trono, me invadía un profundo deseo de permanecer allí aún más tiempo. Le manifesté entonces mi deseo a Dios, y Él me invitó a seguir a su lado. El restante tiempo de oración, vine así a

pasarlo acogido en su regazo, adaptando la formulación de mis peticiones al vocabulario que emplearía un niño al hablar confiadamente con su padre.

Nada tan fácil como recurrir a las formulaciones estereotipadas si a Dios lo situamos en el Cielo y nosotros seguimos aquí en la tierra. O como parte de una multitud, y lejos de Su trono. En cambio, resulta muy difícil, por no decir imposible, orar con clichés cuando hablamos directamente con Él, sentados en su regazo. Las frases hechas y los estereotipos nos ayudan a continuar cuando se ora en voz alta, pero no sirven para profundizar en el seno de una conversación personal e íntima. Puede, eso sí, que los que nos oigan nos consideren ortodoxos y aceptables, pero poco aportan al fondo de un genuino intercambio personal. Al hablar con nuestro Padre, nos vemos impelidos a ser genuinos y reales. Se impone entonces la necesidad de centrarse por completo en lo que se dice, para que tenga auténtico sentido. Al vernos a nosotros mismos en confiada conversación con nuestro Padre celestial, reclinados sobre su hombro, se hace imposible hablar de una forma que no sea personal y hondamente sentida. Así, cuando, inadvertidamente, dejo que mis palabras se vuelvan vacías, me siento aun más avergonzado que cuando, por encontrarme alejado de su presencia, permito que mi mente divague. El acercarse al trono de Dios con el espíritu rendido hace que sea más difícil el perderse en divagaciones. El poder acogerse a Su regazo, y hablarle directamente al oído, hace que los clichés sean aún más inapropiados. Y el estar junto a Él, en sobrecogida reverencia y santo temor, constituye un inmarcesible privilegio. Todo cuando le digamos entonces a nuestro Padre, en confiada intimidad, adquirirá una nueva y más profunda dimensión. El universo y los retos cotidianos a los que tengamos que hacer frente serán contemplados desde una perspectiva muy distinta desde el puesto de privilegio del regazo Divino. – nada nos parecerá lo mismo contemplado desde esa perspectiva. Los problemas se nos volverán insignificantes, inoperantes, y fáciles de resolver.

## EL PODER DE LAS PALABRAS

Las palabras tienen un significado. Cuando recurrimos a términos como “santo”, “elevado”, “poderoso”, “tremendo”, “glorioso”, honramos a Dios en su Esplendor – tal como Él merece en toda justicia. Sin embargo, con el uso de esas palabras, sobre todo si las utilizamos con exclusión de otras, podríamos, aun inconscientemente, situar a Dios en una distante lejanía. Ahora bien, el uso que hacen Jesús y el apóstol Pablo de la palabra “Abba” (Marcos 14:36; Romanos 8:15,16) nos ayuda a comprender que Dios está cerca. “Abba” es el término arameo familiar para decir “papaíto”, y el uso que hace Jesús de esa palabra en su oración nos lleva a percibir a Dios como alguien muy próximo a nosotros. Aun cuando a los judíos de la época pudiera parecerles una falta de respeto. Jesús, en el momento decisivo de enfrentarse a la muerte, clamó a Dios en el huerto de Getsemaní llamándole “Abba”. El apóstol Pablo, por su parte, enfatiza esa relación “filial” en dos ocasiones. En la epístola a los Romanos afirma de forma explícita que hemos “... recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!” El Espíritu mismo testifica a nuestro espíritu que somos hijos de Dios (Romanos 8:15,16). Y, según la epístola a los Gálatas, somos hijos privilegiados al poder usar ese nombre. “Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre”! (Gálatas 4:6).

Hay algunos otros versículos en el Nuevo Testamento, también en lengua aramea, que aparecen traducidos a continuación. Así, por ejemplo, las palabras que Jesús pronuncia en la cruz, “Eloi, Eloi, ¿lama sabactani?” que traducido es: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Marcos 15:34). No puede por lo tanto hablarse de un uso exclusivamente místico de esa lengua. En Marcos, Romanos, y Gálatas, el término aparece sin traducir. Ahora bien, si “Abba” es el apelativo familiar para dirigirse al padre, no es bueno que no se traslade al lenguaje cotidiano del lector como “Papá” o incluso “Papaíto”. El término, visto desde ese contexto familiar del niño que se dirige a su padre, tendría mayor impacto – similar al que tendría en aquel tiempo – en los lectores de la Palabra. Se recurrió, en cambio, a la inclusión de una nota aclaratoria al margen o al comentario del diccionario bíblico. Lamentablemente, el mantener ese término arameo – “Abba” en vez de “Papaíto” – atenúa el impacto emocional que ese término podría producir al leer el pasaje. Es ministerio específico del Espíritu Santo – el Espíritu de la Adopción – el hacer conscientes en nosotros esa filiación. Incluso los hijos más mayores se dirigen a su padre llamándole “Papá”, aun cuando haya ocasiones en las que empleen el término más formal de “Padre”. Pero lo cierto es que el término “Abba” pone de relieve de forma inmediata que Dios nos acepta como hijitos suyos. Él va a estar ahí, solícito en sus cuidados, comportándose con sus hijos como hace todo padre amoroso.

En el Hábito Número 13 (NO HAY QUE PERDER DE VISTA LA PERSPECTIVA GENERAL), analizábamos la cuestión del valor necesario para seguir adelante, comentando el efecto positivo que tuvo en mí el poder dirigirme a Dios como mi “Papá”, en ese primer tiempo de la preparación en el seminario para la obra misionera en Oriente. La certidumbre de que mi Papá en los cielos iba a estar siempre a mi lado me infundía la tranquilidad y el valor necesarios para hacer frente a lo desconocido. Ese fue mi primer gran paso en el camino hacia una mayor intimidad con Dios como un auténtico Padre. A partir de entonces, he podido así dirigirme a Él como mi “Papá”, para consuelo mío y alegría de ambos. Ahora bien, las palabras pueden tener diferentes connotaciones. Sin dejar de ser cierto que la noción de un “Papá” era más íntima que la de un Divino Creador, distante en Su gran trono, la cuestión es que esa era la palabra que yo usaba para dirigirme a mi padre a partir de cumplir los 10 años y hasta que me hice bastante mayor. Y aunque yo quería muchísimo a mi padre, y nos dábamos abrazos con frecuencia, el tiempo de sentarme en su regazo pasó a ser historia en cuanto me convertí en un muchachito ya mayor. Los abrazos que podíamos darnos entonces eran varoniles y un tanto competitivos, e incluían vigorosas palmadas en la espalda y algún que otro amago de defensa y ataque. De ahí que al empezar a usar el “Papaíto” para dirigirme a mi Padre celestial me sintiera de nuevo como un niño pequeño, reconociendo mi debilidad en comparación con Su fuerza sin igual; Su sabiduría, en contraste con mi inmadurez; Su inteligencia, en oposición a mi ignorancia. Me fue entonces necesario dar otro tremendo paso adelante en una percepción plural de las cosas. Dios se me revelaba grandioso en Su poder, al tiempo que yo me veía a mí mismo cada vez más débil, desinformado, dependiente e inmaduro. En contrapartida, de forma simultánea, me sentía muy próximo a alguien que me amaba, en quien yo confiaba, y con quien yo me sentía tan a gusto como un niño con su padre. De repente se me había hecho evidente un aspecto nuevo e inesperado en una relación ya de por sí maravillosa.

Jesús dijo, "... si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos" (Mateo 18:3,4). Para poder llamar a Dios "Papaíto" hay que hacerse un poco niño. En esa misma línea, Jesús advirtió a las gentes de Jerusalén, "¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta a sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste!" (Mateo 23:37). Cada una de esas metáforas contribuye a nuestra comprensión de una relación de confiada intimidad, en la que el pequeñín corre sin sombra de duda hacia un padre junto al cual se siente seguro. Si tomamos la imagen del "papá" de una de estas metáforas, y la combinamos con la idea de "correr a buscar protección bajo las alas de la gallina madre", tendremos una idea bastante aproximada de lo que siente un niño al correr feliz hacia los brazos abiertos del Padre Dios amoroso, dispuesto a colgarse de su cuello y sentirse a un tiempo abrazado y protegido. Esto parece ser parte de lo que Jesús mismo experimentó en su espíritu en una situación extrema, poniendo de manifiesto su naturaleza humana. Al tener que hacer frente al Calvario, se debatió en agónica oración para poder llevar a cabo la voluntad del Padre. Fue entonces cuando Jesús clamó ante Dios, llamándole "Abba" – Papaíto (Marcos 14:36).

Al orar, no dudamos de la capacidad de nuestro poderoso Creador para llevar a efecto los milagros que hagan falta para responder a nuestra oración. Rara vez vamos a preguntarnos, "¿Podrá Dios hacer esto?" Lo más normal es que nos cuestionemos, "¿Querrá Dios hacerlo?" La diferencia entre hablar con un Dios Creador o hacerlo con nuestro "Papaíto" consiste en que el Creador, como tal, bien podría hacerlo; mientras que el Papá querría hacerlo. Jesús no se estaba refiriendo a una madre gallina que quisiera mantenerse apartada, sino a los polluelos rebeldes empeñados en escaparse (Mateo 23:37). Jesús aspira a una estrecha relación personal. Somos, en cambio, nosotros los que titubeamos a la hora de decidirnos. Nuestro Papá responde a nuestras oraciones mejor incluso de lo que nosotros esperamos o sabemos pedir. Sabemos que al presentar nuestras oraciones ante Él, y rogando fervientemente que venga Su reino y sea hecha Su voluntad, Él va a respondernos de seguro. Eso significa que al orar a nuestro Papá – junto con el reconocimiento de Su grandeza y Su poder –somos gozosamente conscientes de su amor, de su ternura, y del trato de favor que nos dispensa. Algo no tan fácil de captar si se recurre en exclusiva al uso de términos grandilocuentes y palabras elevadas al dirigirnos a nuestro Dios en oración. El abismo que separa a Dios de sus criaturas tiene que ver con el pecado del hombre. Pero esa separación puede incluso persistir aun después de haber pasado a ser miembros de la familia de Dios. Y ello no, ciertamente, por voluntad Divina, sino por dudas nuestras o nuestra recaída en el pecado. Nunca encontraremos al acercarnos que Dios desee mantenernos a distancia o que sea renuente en Su amor. Aun siendo Él nuestro grande y terrible Creador, podemos descansar confiados en la eterna constancia de su infinito amor de (Abba) Padre.

El primer día que pasé acogido en el dulce seno de nuestro Padre celestial, orando y hablando con Él como se hace con un padre, tuve una revelación increíble. De repente me di cuenta de que por apartarme de su seno o, peor aun, por no dejarme rodear por Sus brazos amorosos, puedo inconscientemente distanciarme de Él. Eso era lo que experimentaba en las primeras etapas de mi descubrimiento cuando dejaba de ser el niño

pequeño que busca protección para convertirme, demasiado pronto, en el adulto autosuficiente en su papel de profesor e intercesor. No había estado dispuesto a comportarme como un niño ante Él – confiado, dependiente, y dispuesto a admitir su ignorancia de las cosas. Y el niño que había en mí aún tenía más cosas por descubrir y más lecciones que aprender de la mano de su Papá.

## LOS DEMÁS, VISTOS DESDE ESA PERSPECTIVA

Tras esa experiencia mía, descubrí que, al orar por Char, también podía verla a ella como una niña pequeña que encuentra refugio y consuelo en brazos de su Padre celestial. Mis peticiones en favor suyo se hicieron entonces más tiernas y delicadas, mucho más amorosas y comprensivas. Deseaba con todo mi corazón que Dios la abrazara, le infundiera nuevos ánimos, y contestara a sus oraciones. Tampoco me costaba imaginar a otras personas disfrutando igualmente de la presencia de nuestro Papá, ya fuera jugando confiadas o buscando consuelo – cada una según su circunstancia y necesidad, pero todas ellas seguras de que su Papá puede solucionar cualquier problema.

Puede, sin embargo, que haya quien, en un primer momento, encuentre esta imagen de un Dios Papá, amoroso y cercano, demasiado íntima. Algo que puede ser aun más cierto si se piensa en un contacto demasiado familiar y prolongado. Para una mejor comprensión del caso, detengámonos a considerar uno de los nombres que se le da Dios en el Antiguo Testamento: EL SHADDAI, esto es, Dios Todopoderoso. Una de las acepciones de ese epíteto sería Dios de la montaña, o incluso, en su primitivo origen, Dios de gran pecho. Algunos expertos apuntan incluso la posibilidad de que pudiera entenderse como el “Dios de los muchos pechos”, como ilustración de la infinita e inconmensurable capacidad de Dios para alimentar y nutrir a todos sus hijos.

Con ocasión de una serie de charlas que Char y yo dimos en Salur, localidad al norte de Andhra Pradesh, en la costa oriental de la India, aproveché una de las tardes en que Char tenía a cargo la sesión correspondiente, para ir yo a dar una vuelta por un mercadillo instalado al aire libre. Entre los tenderetes de frutas y verduras había una zona donde los vendedores iban echando los desperdicios. Una pequeña piara de cerdos había encontrado allí su acomodo, dedicándose a triscar con deleite cuanto caía a su alrededor. Evidentemente, aquello debía parecerles el paraíso en la tierra. Lo que más llamó mi atención, sin embargo, es que la cerda estaba provista de dos hileras de gruesas mamas, rebosantes de leche para deleite de unos marranitos que se empujaban y peleaban entre gruñidos para hacerse con una de ellas. Esos cerditos no parecían saciarse nunca. Incapaz de apartar la vista de tan gracioso espectáculo, me quedé un rato observando su comportamiento. La cerda, como una buena madre, se había recostado en el suelo de forma que sus crías llegaran a las mamas con toda facilidad. Y eso era precisamente lo que estaban haciendo en feliz revoltijo, pisándose unos a otros en su afán por hacerse con una de esas increíbles fuentes de delicioso y nutritivo alimento. Al repasar ahora en mi memoria esa anécdota, tan trivial y cotidiana, no puedo menos que hacerme una serie de reflexiones, agolpándose a un tiempo distintas metáforas. Pienso en un Padre amoroso, que cobija a sus muchos polluelos bajo Sus alas, donde todos ellos encuentran consuelo y alimento en abundancia. Pero, ¿cómo podrían todos ellos disfrutar de tan maravillosa

provisión de no estar dispuestos a llegarse a la fuente de donde mana, para recostarse confiados al abrigo de su amor? Evidentemente, todos sabemos que Dios es puro Espíritu, y en manera alguna es posible recostarse en lo inmaterial. Pero el simbolismo que encierran todas las posibles metáforas bíblicas nos da pie para imaginar estas escenas de maravillosa convivencia entre un Padre provisor y unos hijitos con necesidad de alimento.

¿Resulta apropiado recurrir a las imágenes y a las metáforas al plantearnos nuestra relación con Dios? Jesús se sirvió de ese recurso cuando dijo, “No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino” (Lucas 12:32). Dios es infinitamente más grande, superior, y complejo de lo que somos nosotros. Nuestra relación con Él tiene tantas posibles facetas y aspectos que es imposible dar cabal cuenta de todos ellos con una única imagen. Y si se trata de utilizar ese recurso, bien podríamos añadir la poderosa imagen que encontramos en el libro de los Proverbios, “Torre fuerte es el nombre de Yavé; a él correrá el justo, y será levantado” (Pr. 18:10). Dada, pues, esa complejidad, no tiene por qué haber problema en combinar los distintos significados – la seguridad de las alas protectoras de la madre; el refugio seguro de una torre en el fragor de la batalla; la abundante provisión de alimento de un pecho generoso. Todo esto lo encontramos, por pura gracia, en el Padre y Señor de todo; en nuestro Papaíto fiel y amoroso – nuestro Shaddai. ¿Puedes imaginarte un campo de batalla en plena contienda, en el que los soldados son heridos y perseguidos hasta el límite de sus fuerzas? ¿No tendrán necesidad de protección y cuidados? Y ¿qué mejor fuente de protección y cuidados entonces que los fuertes brazos de un Dios Todopoderoso que nos acoge en su seno para darnos calor y alimento? En eso consiste una relación íntima, y nuestro Padre celestial se goza infinitamente en ella.

### ¿QUÉ HARÁ DIOS CON NUESTRAS PETICIONES?

Otro de los aspectos de esa relación de íntima confianza con nuestro Dios y Padre es la facilidad que tenemos para comunicarle nuestros deseos y peticiones. El niño que se siente seguro en los brazos de su padre no tiene reparos en pedirle lo que necesita. Personalmente, confiado en esa seguridad, me he descubierto a mí mismo pasando revista a las peticiones hechas a lo largo de estos últimos meses. Pero, al recurrir ahora al lenguaje propio de un niño, el modo distante en que habían sido hechas en su momento se me antojaba un tanto frío y artificial. Por consiguiente, y con el fin de ser consecuente con mi “nueva” actitud en mi relación con Él, le pedí a Dios que me concediera el “pastel” de Su ayuda poderosa y la “tarta” de unas puertas abiertas en el ministerio de la proclamación de Su reino. Cada petición la formulaba ahora utilizando las mismas palabras que podría emplear un niño que quisiera algo de su padre. Y lo cierto es que, a medida que seamos capaces de volvernos como niños en nuestra relación con Dios, mayor esperanza tendremos de alcanzar lo que pedimos. Por haber estado hablando con un Padre que excede en Omnipotencia y Bondad.

### LA CORRECCIÓN DE UN PADRE

Con el paso del tiempo, vino a hacérseme evidente la razón profunda de mis anteriores ruegos: necesitaba que Dios hiciese desaparecer de mi persona todo cuanto estaba impidiendo un auténtico crecimiento. Yo era como una planta que precisara de una buena poda para poder dar fruto en abundancia. Jesús mismo nos dejó la imagen de su Padre como buen jardinero, “Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto” (Juan 15:2). Padre, estoy aquí, ante Ti. Tú eres el Jardinero. Pódame a mí, que soy la rama.”

Dios nos muestra los múltiples modos en que Él es Padre y nosotros Sus hijos. Una forma muy eficaz de hacérselo comprender es mediante la corrección. Dios realmente nos ama; por eso nos corrige. Char y yo enseñamos a nuestros hijos a responder a nuestras correcciones o castigos con un expreso y sentido “De acuerdo. Lo he entiendo, y sé que tenéis razón”. La experiencia física y objetiva de la reconvención o el castigo no es suficiente para captar la auténtica dimensión de la actuación de un padre. Es necesario también que los hijos experimenten y hagan suya la corrección en su dimensión espiritual – sentida internamente en compensación de lo vivido físicamente.

Todos esos pensamientos, en su conjunto, me llevaron a volverme a nuestro Padre para hacerle entrega de mi voluntad. La oración brotó entonces espontánea de mi interior, “Padre, al darme cuenta de lo que Tú eres para mí, y sabiendo que estoy a seguro entre Tus brazos, te ruego que corrijas en mí cuanto sea necesario. Pódame con tu sabiduría de buen Jardinero, para que yo pueda dar fruto a mi tiempo.” Esa oración no obedecía a ningún impulso sádico, ni a ninguna actitud masoquista. Sencillamente, yo anhelaba tener fruto en mi vida, y la naturaleza nos enseña que es necesario cortar lo que estorba en una planta para que prospere debidamente. En la esfera de lo espiritual, la poda de aquello que impida el crecimiento interior tendrá que pasar necesariamente por la corrección de nuestro Padre espiritual. Ese es el principio que encontramos aplicado en las Escrituras. Así, en la intimidad más recóndita de mi relación espiritual con Dios Padre, yo puedo dirigirme a Él y rogarle, “Papá, Papaíto, corrige cuanto sea necesario”. Hebreos 12:5-11 adquirió entonces un nuevo sentido al contrastarlo con mi propia experiencia. La Biblia siempre dice la verdad:

“y habéis ya olvidado la exhortación que como a hijos se os dirige, diciendo:

Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor;  
Ni desmayes cuando eres reprendido por él;  
Porque el Señor al que ama, disciplina,  
Y azota a todo al que recibe por hijo.

Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos. Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos? Y aquéllos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad. Es verdad que ninguna disciplina al presente parece

ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados.”

Eso es precisamente lo que necesitamos por parte de nuestro Padre.

La Biblia afirma que “en el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor...” (I Juan 4:18). No debemos tener miedo de que nuestro Padre celestial sea injusto en su trato con nosotros. A ningún hijo le gusta ser corregido. Pero el hijo que puede confiar en el amor y la sabiduría de su padre, acepta la reprimenda o el castigo porque sabe que es para su bien. Aquellos que estén más dispuestos a recibir el castigo tendrán más probabilidades de enmendarse, y cuantos se sometan a la poda, mayor fruto darán. Las alteraciones en el curso habitual – las correcciones – son vitales e imprescindibles para poder alcanzar nuestro verdadero destino, y dará igual que estemos volando en avión, conduciendo por la autopista, practicando un deporte, o intentando ser algo en la vida. Para llegar a dar lo mejor de nosotros mismos, y redimir nuestra existencia, habremos de aceptar las correcciones de nuestro Abba Padre. Y mejor aun será si somos capaces incluso de recibirlas con agrado.

He ahí el increíble beneficio de la práctica de una comunión asidua e íntima con nuestro Padre celestial. Cuando nos acercamos confiados al Padre, nos hacemos más abiertos al proceso de alteración y cambio. Las correcciones y los nuevos patrones de conducta redundan en fruto abundante. Al apuntar a la diana adecuada, nuestra actuación se verá recompensada por plenitud de vida, y podremos llegar a ser aquello para lo que en realidad estamos dotados. La correcta relación con Dios nos ayuda a sobrellevar con gusto el proceso de corrección. Aceptar la corrección de parte de otros es siempre difícil, pero no tiene por qué ser así en el caso de nuestro Padre eterno – quien, no por casualidad, es todo Sabiduría. El dicho popular sostiene que al perro viejo le cuesta aprender trucos nuevos. Sin embargo, no hay perrillo familiarizado con su Amo que no esté dispuesto a intentarlo.

En realidad, deberíamos aceptar como un cumplido que Dios nos corrija como hijitos suyos que somos. La gran ventaja es que esa corrección nos alcanza incluso siendo ya adultos. A diferencia de los niños pequeños, la visión del adulto le capacita para aprovechar y agradecer los correctivos como un cumplido. Nuestro Padre se toma la molestia de corregirnos porque nos ama. La atención que nuestro Padre nos dispensa es un privilegio que haremos bien en disfrutar como se merece.

## EL JUSTO EQUILIBRIO Y SU MANTENIMIENTO

El pensar en Dios exclusivamente como un Ser Poderoso, pero distante en su inconmensurable grandeza, evidencia falta de equilibrio. Y tampoco sería correcto concebir a Dios como un Padre indulgente que nada exige de nosotros, dispuesto en todo momento y circunstancia a darnos gusto y obrar a voluntad nuestra. La visión que hemos ido desarrollando a lo largo de este capítulo ha de servirnos para conjugar la faceta tierna y compasiva del Padre con la figura de autoridad de Su persona. Aun desde la posición de privilegio del regazo amoroso del Padre, estamos llamados, como dignos hijos suyos, a

honrarle y reverenciarle. Ahora bien, si nos detuviéramos tan sólo en esa reverencia distante, sin acercarnos nunca a su Persona, estaríamos faltos de un correcto equilibrio. Dios es a un tiempo Omnipotente Creador y Padre Compasivo. Estamos llamados, pues, a reverenciarle y relacionarlos con Él desde el respeto y la confianza de hijos fieles y atentos a Su soberana y amorosa voluntad. La realización personal de esta gran verdad nos será bálsamo y fuente inagotable de coraje y energía.

Al tener Elías que enfrentarse a los “poderes públicos”, rogó que descendiera fuego del cielo, derrotando así a los sacerdotes profetas de Baal y Asera y siendo todos consumidos por el fuego mismo al que adoraban. A continuación, lo primero que hizo fue reconstruir el altar del Señor que allí había (I Reyes 18:30). Y llama la atención que no tuviera que erigir un nuevo altar, pero que tampoco usara el antiguo en su estado ruinoso. Esa parece ser una buena conducta a imitar cuando nos veamos abocados a perfeccionar y ampliar ideas y concepciones previas. Evidentemente, al aprender algo nuevo no siempre será necesario desechar toda noción previa. Las nuevas verdades que nos sean reveladas deberán pasar a aumentar nuestro caudal previo de conocimiento y gozosa certeza, aportando profundidad y mayor comprensión a lo ya sabido, y para añadir nuevos horizontes a nuestra visión espiritual. Y entre esas posibles verdades nuevas, haríamos bien en poner en un primer plano la relación filial de amorosa dependencia e íntima comunión con nuestro Padre celestial, pero sin que ello tenga que suponer el desmerecimiento de Su gran poder y gloriosa majestad. El equilibrio lo encontramos en la sabia conjunción de inocente confianza en un Papá que no es próximo, y el respeto y la reverencia debidos a un Dios fuerte y poderoso ahora y por la eternidad.

Ese mismo principio puede aplicarse a título individual con respecto a cada uno de los 17 hábitos distintos a los que hemos pasado revista en este libro. Cada uno de estos hábitos tiene potencial suficiente para enriquecer de manera notable nuestra comprensión de las cosas. Por eso mismo no es obligado plantearse cambiar de actitud de forma inmediata. Si nos planteáramos la necesidad ineludible de mostrarnos de acuerdo con uno u otro, o con todos, o incluso con ninguno, sería tan sólo para perjuicio nuestro. La buena noticia es que el Espíritu Santo, como Espíritu de verdad, estará dispuesto a ayudarnos allí donde sea realmente necesario con tan sólo pedirselo. De ahí que sea oportuno sortear las distintas propuestas presentadas para después seleccionar aquellas que te sean verdaderamente útiles para poder “reconstruir” tu altar particular. Pero antes tendrás que cuidarte de elegir bien, teniendo en cuenta todas tus experiencias previas en la vida y lo que de ellas hayas podido aprender. El mundo contiene múltiples visiones y propuestas acerca de lo que podemos esperar en esta vida, y, más importante todavía, qué pueda esperar el propio Dios de nosotros. El mundo de la fe actual se caracteriza, entre otras posibles cosas, por la amplia variedad de opiniones y formas de entender la vida, y ello aun con la Biblia en la mano. Bien entendido, esa multiplicidad de opciones puede constituir una rica, y saludable, aportación a la realidad de la vida cristiana. Y también será más probable que todos encontremos una alternativa que satisfaga nuestro gusto y necesidad particular.

La mayoría de los creyentes es consciente de que en modo alguno va a ser posible encajar en el sistema imperante en este mundo. El apóstol Pablo lo expresó con estas palabras,

“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento” (Romanos 12:2). En muchos casos, sucederá simplemente que no nos daremos plena cuenta de las múltiples maneras en que somos inconscientemente influidos por los valores de este mundo. Por eso, la intención primaria de este librito es la de, por así decirlo, darnos un pequeño “empujón” que nos ayude a superar ese conformismo pasivo en virtud de la renovación en el Espíritu. El creyente debe aspirar a ver renovada su mente, su percepción del mundo transformada, y su perspectiva de futuro acorde con los valores sustentados por la Palabra escrita. Nuestra meta final debería ser la consecución de una vida plena, y con propósito, según la voluntad de nuestro Padre y Señor. No hay mayor gozo para Dios que poder intervenir en la vida de Sus hijos en la medida en que se lo permitamos.

## APÉNDICE

El diccionario define como “potencial” aquello que “puede llegar a ser pero todavía no es”. Algo que denota “posibilidad, capacidad, o poder”. Con la “capacidad o habilidad propia para desarrollarse, crecer, o hacer su aparición”. Potencial es, pues, el término que asignamos a aquello que puede ser conseguido.

Este libro ha sido concebido desde esa perspectiva particular, con el propósito definido de ayudar al lector a ver realizado su propio potencial mediante la práctica sistemática y continuada de unos hábitos de conducta cristiana con base en la Palabra. La buena noticia es que Aquel que conoce en verdad tu auténtico potencial es el primer interesado en ayudarte a conseguirlo. En virtud, pues, de los frutos propios del Espíritu, y de una disciplina – en la debida sujeción – ese potencial pasará a ser una auténtica y bendita realidad. Lamentablemente, puede que el pueblo de Dios haya permitido durante demasiado tiempo que el enemigo se apropie de algo que es nuestro, aceptando ilusamente esa gran mentira de no ser posible ver aquí realizado el gran propósito de Dios para nuestras vidas.

No todo el mundo se siente feliz de tener que ejercer el control de sí mismo. Sin embargo, todos experimentamos una gran alegría cuando esa disciplina da buenos resultados. Eso no quiere decir, ni mucho menos, que estemos en la línea de la salvación en base a las obras. Muy por el contrario, de lo que aquí se trata es de la salvación en virtud de una fe tan real y viva que genera unos hábitos en singular obediencia. Obediencia que, por tener sus raíces en la verdad revelada, da frutos tanto a corto como a largo plazo.

Mi más sentido deseo es que el Señor te colme de bendiciones en la senda que ha de llevarte a la culminación de tu propósito en esta vida como hijo muy amado. La Biblia contiene las claves – en forma de buenos hábitos -- que nos ayudarán a ver realizado nuestro auténtico potencial. El llegar a ser un cristiano plenamente realizado significa, sencillamente, estar dispuesto a obedecer la Palabra de Dios, y ello tanto si nos conmina a marchar a Jerusalén, a Judea, a Samaria, o al último confin de la tierra. Suya es nuestra vida, suyo es nuestro destino. Amén.